



Propuesta Educativa

E-ISSN: 1995-7785

propuesta@flacso.org.ar

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Argentina

Gil, Gastón Julián

Una facultad que no fue. Las ciencias sociales en la universidad de Mar del Plata (1968-1977)

Propuesta Educativa, núm. 31, 2009, pp. 81-89

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=403041703008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Una facultad que no fue. Las ciencias sociales en la universidad de Mar del Plata (1968-1977)

GASTÓN JULIÁN GIL*

Introducción

La producción en ciencias sociales no es precisamente la arista más saliente en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Más allá de la carencia de espacios burocráticos que contengan eventuales investigaciones en ese campo, durante los últimos treinta años su desarrollo (en investigación y oferta curricular) ha sido ínfimo, sobre todo si se lo compara con lo que ocurría a fines de los años sesenta y principios de los años setenta. En la actualidad, si bien la Facultad de Humanidades ofrece desde el año 2007 la carrera de Sociología, esta unidad académica ha estado compuesta durante tres décadas por carreras como Historia, Letras, Filosofía, Geografía, Inglés y Bibliotecología, que poco espacio generaron para la enseñanza y la producción de las disciplinas más específicas de las ciencias sociales.

Aunque existen desarrollos puntuales en grupos de investigación en esa y en otras facultades (Arquitectura y Urbanismo, Ciencias Económicas y Sociales, Derecho, Ciencias de la Salud), la producción en ciencias sociales de la ciudad de Mar del Plata o desarrollada desde esa universidad resulta escasamente significativa, para el peso que la misma despliega

en otras áreas. Por ejemplo, de los más de ciento setenta investigadores del CONICET, el máximo organismo de investigación del Estado, no llegan a diez los que —generosamente— pueden ubicarse dentro de las ciencias sociales (en concreto, Sociología, Ciencias Políticas, Antropología, Historia social). Sin embargo, una mirada histórica apenas superficial permite vislumbrar que el proyecto original de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Mar del Plata (en aquel entonces bajo la órbita provincial) giró en torno a las disciplinas sociales, llegando a establecer cuatro carreras (Sociología, Antropología, Ciencia Política y Ciencias de la Educación, junto a la fundante Psicología) a partir de las cuales se generó una intensa vida intelectual y académica enmarcada en una época de convulsión política relevante para la historia argentina.

Entre 1968 y 1975, esta facultad fue el escenario además de los principales debates en el campo de las ciencias sociales en la Argentina, tales como las críticas al *cientificismo*, la búsqueda de una *ciencia nacional* o sobre los recaudos ideológicos acerca de los destinos de los datos obtenidos en las investigaciones. La acción de la represión paraestatal del gobierno peronista, la absorción de la universidad católica (que apor-

Artículos

81

DOSSIER / ENTREVISTA / ARTÍCULOS / RESEÑAS



Dr. en Antropología Social, Universidad Nacional de Misiones; Investigador asistente en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Docente del postgrado de Historia y de Antropología, Universidad Nacional de Mar del Plata. E-mail: gasgil@mdp.edu.ar.

tó las carreras humanísticas), la nacionalización de la universidad y el terrorismo de estado acabarían con un proyecto que, pese a los intentos posteriores de concretar una *reparación histórica*, quedó completamente trunco.

En consecuencia, además del propio relato que se pone en escena sobre la trayectoria de las ciencias sociales en Mar del Plata, en este trabajo se analizarán las principales problemáticas que envolvieron a las ciencias sociales en el país, y que fueron en este caso expresadas parcialmente por los enfrentamientos entre las carreras de Sociología y Antropología. En este artículo se analizan prioritariamente una serie de textos paradigmáticos que ilustran el tenor de los debates que envolvieron a las ciencias sociales en aquella época. Además, el artículo se sostiene en una labor de archivos que abarcan los actos administrativos y otros materiales documentales como los legajos de personal, en la Universidad de Mar del Plata. Y por supuesto, otra fuente principal de material empírico proviene de las entrevistas a aquellos actores involucrados directa o indirectamente con las distintas carreras de ciencias sociales. Por ello, a partir de estos datos y de una especificidad institucional, se intentará mostrar la estrecha vinculación entre academia y política en el período mencionado (1968-1975), y el directo impacto que la represión de estado —aunque primero paraestatal— generó en el desarrollo de las ciencias sociales en país, clausurando no sólo espacios institucionales sino avances concretos, discusiones y problemáticas abordadas desde enfoques sumamente diversos.

En ese sentido, no puede dejar de recordarse que la educación superior fue un objetivo prioritario de esa represión, por lo que expresa elocuentemente muchas de las tensiones de aquellos tiempos de utopía, muerte y violencia. Específicamente en las universidades, la represión estatal fue mayor en las carreras humanísticas y sociales, gran parte de

las cuales fueron eliminadas de las universidades. Basta mencionar un dato contundente: en 1980 se quemaron dieciocho millones de libros del Centro Editor de América Latina (CEAL), en el marco del “Operativo Claridad”, cuyo objetivo consistía en la *“censura, secuestro y destrucción de la bibliografía marxista”* (Funes, 2008) que pudiera *“atentar contra los principios de la Constitución Nacional”*. En esas veinticuatro toneladas y media de papel que alcanzaron las llamas también se encontraban libros de escritores del siglo XIX, como Domingo Faustino Sarmiento y José Mármol.

Los orígenes

Todas las carreras de ciencias sociales en la por entonces Universidad Provincial de Mar del Plata nacieron en el seno de lo que hasta mediados del año 1969 todavía seguía denominándose Facultad de Psicología. Es recién a partir de 1968 cuando comenzarían a crearse las carreras de ciencias sociales, junto con la existente carrera de psicología, lo que obligaría a modificar el nombre de la unidad académica. De ese modo, en un par de años crecería la oferta ya que fueron sumándose paulatinamente a Psicología cuatro carreras de grado: Sociología, Antropología, Ciencias Políticas (denominada originalmente Estudios Sociales y Políticos) y Ciencias de la Educación. Todo ello se realizó en cierto caos administrativo, ya que si bien Psicología, Sociología y Antropología sí contaron oportunamente con los actos administrativos correspondientes para que fueran aprobadas por el Ministerio de Educación, sólo hacia 1972 se regularizaría la situación administrativa de las otras dos carreras.

La universidad de Mar del Plata funcionaba en aquella época bajo la órbita de la provincia de Buenos Aires. Luego de que el gobierno de la autodenominada “Revolución Li-

bertadora” (1955-58) —que derrocó a Juan Domingo Perón— promoviera la renuncia del Estado Nacional al monopolio de la educación superior (lo que sería plenamente aprobado por el gobierno democrático de Arturo Frondizi en 1958) se concretaría una vieja aspiración de los organismos católicos, pero también surgirían distintos emprendimientos privados y provinciales. Precisamente, algunos estados provinciales asumieron la responsabilidad de crear nuevas universidades, tal cual ocurrió desde 1961 con la Universidad Provincial de Mar del Plata (Buchbinder, 2005).

Aquella Facultad de Humanidades estaba envuelta en un clima de efervescencia política sin igual en la historia argentina luego de que el gobierno militar de Juan Carlos Onganía (1966-1970) interviniera las casas de altos estudios en la “Noche de los Bastones Largos” (Ibíd.). Al calor de las luchas populares que iban gestándose en otros frentes (sindicales, por ejemplo), una franja considerable de la militancia universitaria experimentó una marcada “peronización”, a la par de que el amplio movimiento de la Resistencia Peronista se radicalizaba cada vez más sentando alguna de las bases para la conformación de organizaciones político-militares entre fines de los años sesenta y principios de los setenta. En ese sentido, el nuevo gobierno militar resultó un eslabón fundamental para “peronizar” la vida universitaria, aunque por razones diversas. En ese contexto, las ciencias sociales en el país experimentaron una directa influencia de esos procesos políticos que colocaban a la universidad —y por ende a todas las disciplinas— como un instrumento más para lograr la ansiada “liberación nacional” (Pucciarelli, 1999; Barletta y Lenci, 2001; Barletta y Tortti, 2002).

El decanato de la Facultad de Psicología estaba ocupado por José Antonio Güemes, quien también dispuso del mismo cargo en la nueva Facultad de Humanidades por dos años

hasta que fue cesado en sus funciones en diciembre de 1970 por un decreto del Poder Ejecutivo Provincial. El sociólogo Julio Aurelio, de activa participación en la apertura de esas nuevas carreras, caracteriza a aquellos tiempos “como un gran clima de trabajo” y destaca especialmente la figura del secretario académico, Juan Samaja. Güemes tenía un breve pasado como militar en su juventud, ya que tempranamente había sido pasado a retiro efectivo con el grado de subteniente. Nacido en Salta en 1910, se había afincado definitivamente en Mar del Plata en un contexto general de profesores viajeros que nunca fijaron a esa ciudad como el centro de sus proyectos académicos. Esa figura de profesor viajero sería una constante en las universidades del interior que, en algunos casos, todavía siguen sosteniendo sus proyectos curriculares en profesionales que no fijan su radicación en esos lugares de trabajo. Güemes era, tal como él mismo se definía en sus clases, discípulo del “gran maestro Imbelloni”, el antropólogo italiano que adhirió fervientemente al peronismo y que dirigió entre 1947 y 1955 el Instituto de Ciencias Antropológicas de la UBA del que dependía el Museo Etnográfico de Buenos Aires.

Precisamente, en ese clima académico que se rememora como plural, caótico, repleto de contradicciones y de afluencia de personajes claramente antagónicos¹, la Universidad de Mar del Plata ofreció una amplia oferta de carreras en ciencias sociales en las que tuvieron una activa participación varios de las prominentes figuras de las *cátedras nacionales*. Esas cátedras tuvieron su origen principalmente en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires como una forma de reemplazar a los renunciados por la “Noche de los Bastones Largos”, nominados como *cientificistas* y representantes de la universidad reformista, acusados de oponerse a los intereses del pueblo y de carecer de *conciencia nacional*. Estos jóvenes sociólogos, adherentes mayormente al peronismo y a

ciertas vertientes conservadoras del catolicismo fueron designados directamente por el rectorado de la UBA y se propusieron “...crear nuevos enunciados y categorías teóricas que permitiesen generar propuestas no sólo para comprender sino, sobre todo, para transformar la realidad nacional...” (Buchbinder, 2005, pág. 197).

La salida de Güemes del decanato produjo modificaciones sustanciales en una de las carreras, en la que él era el referente casi exclusivo: Antropología. En efecto, la llegada de Eduardo Menéndez para dirigir —en los hechos— una carrera que sería modificada sustancialmente en su plan de estudios le daría un perfil claramente diferenciado de las otras disciplinas. Y aunque, por ejemplo, Sociología también tenía referentes que podrían considerarse desde esa óptica como *cientificistas*, la línea iniciada por aquellos referentes de las *cátedras nacionales* (Carri, Pegoraro, Franco, Carpio, Momeño) terminó definiendo gran parte de un estilo que se opondría tajantemente —en lo político y en lo académico, aunque la distinción de esas categorías se haría progresivamente más difusa— a Antropología. En el caso de esta última, Menéndez organizó desde 1971 —reforma del plan de estudios mediante— la primera experiencia en el país de una carrera orientada hacia la Antropología Social. Se trató, en líneas generales, de una experiencia que estuvo directamente influenciada —aunque no exclusivamente— por la antropología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Productos de esa carrera, Menéndez y sus dos colaboradoras más inmediatas, Mirtha Lischetti y María Rosa Neufeld, plasmaron en Mar del Plata una manera precisa de entender la práctica antropológica recreando parte de las oposiciones y tensiones que protagonizaron en la década del sesenta en la UBA.

Integrantes de los alumnos-fundadores de la carrera (también formaron parte de los primeros graduados), pudieron poner en práctica en Mar del Plata una especialización

disciplinar (la antropología social, que los separaba de sus profesores) pero también una serie de definiciones (teóricas y políticas) que los distinguía de su grupo original de compañeros y jóvenes colegas (Guber y Visacovsky, 1998; Guber, 2006; Gil, 2006). Aunque la primera etapa de convivencia entre los referentes de ambas carreras y sus proyectos subyacentes parece haber sido bastante armónica en los primeros tiempos, los avatares de la política nacional traerían aparejados una serie de enfrentamientos precisos. La cada vez más estrecha vinculación entre academia y política se expresaría en Mar del Plata a niveles de alta conflictividad que terminarían por desgastar profundamente uno de esos proyectos (antropología), el que ya hacia 1974 (con el alejamiento de Eduardo Menéndez de la dirección de la carrera) comenzaría a resquebrajarse.

Antropología y crítica ideológica

Menéndez llegó a Mar del Plata (aunque nunca se radicó allí, como ningún otro profesor de la carrera) un par de años después de haber compartido con sus dos antiguas compañeras de la UBA, Neufeld y Lischetti, experiencias de investigación en ámbitos como el Instituto Torcuato Di Tella, bajo la dirección de Esther Hermitte. Este grupo había tenido una relación de sumo conflicto con un tema que alcanzó su pico a mediados de los años sesenta: los subsidios de las fundaciones extranjeras con la consiguiente y supuesta “penetración imperialista” y el destino de los datos de las investigaciones. Eran aquellos los tiempos de las denuncias al *Proyecto Camelot*², seguidos luego por los cuestionamientos a los subsidios que fundaciones filantrópicas norteamericanas, como la Fundación Ford, habían concretado en universidades y centros de investigación públicos y privados en la Argentina, tal cual ocurrió en la carrera de So-

ciología de la UBA, en los primeros años de los sesenta, (Noé, 2005; Filippa, 1997) o en el mismo Di Tella con el "Proyecto Marginalidad" en 1968³. En ese contexto, los posicionamientos que Menéndez elaboró hacia fines de la década del sesenta se plasmaron en el proyecto académico desarrollado en Mar del Plata, y se inscriben en una línea crítica de las investigaciones en ciencias sociales. Como destaca Lebedinsky, la carrera de Mar del Plata ha sido definida por sus protagonistas como un espacio crítico en el que se destaca *"...la idea de que la antropología tenía que ser una vía activa transformadora de la realidad y de denuncia político ideológica. Era posible imaginar un lugar en propuestas de acción y de transformación"* (1999, pág.134). Se abogaba, entonces, por una experiencia antropológica transformadora de la sociedad que se inclinara hacia temáticas nacionales, la denuncia del imperialismo y los recaudos ideológico-morales vinculados con la fuente de financiación de las investigaciones y la difusión de los resultados. Todo ello se complementa además con una crítica puntual a las principales matrices disciplinares de la Antropología, nominadas bajo el rótulo de Modelo Antropológico Clásico (MAC).

Lischetti (2003) define al MAC, tomando escritos no publicados de Menéndez, como la producción de la Antropología desde que se constituye como disciplina científica hasta el momento crítico de la descolonización, principalmente en sus grandes tradiciones nacionales. Por ende, el modelo se construye cuando la descolonización permite ejercer la crítica a *"...la unicidad del modelo a pesar de diferentes tendencias teóricas a lo largo de 150 años de antropología, difusionismo, evolucionismo, historicismo de Boas, funcionalismo de Malinowski, estructuralismo de Lévi-Strauss, etc."* (Ibíd., pág. 32). En el mismo artículo de Lischetti en donde se desarrollan los argumentos de Menéndez, se menciona una dimensión teórica compuesta por variables tales

como objetividad, autenticidad, importancia de lo cualitativo, totalidad, homogeneidad y relativismo, en el marco de un cuestionamiento general hacia ese modelo por el escaso interés por la historia y la focalización en lo superestructural en desmedro de los aspectos materiales de la cultura. Otro punto nodal de crítica al MAC gira en torno al desinterés por las formas de dominación y explotación.

Precisamente, un artículo que Eduardo Menéndez publicó originalmente en el año 1969 en *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional* permite ilustrar mejor aún el posicionamiento de este antropólogo y los principios que luego se aplicaron en la carrera de Antropología de Mar del Plata en relación con la investigación de campo. Menéndez parte de la base en aquel escrito, de que las ciencias sociales se enfrentan a *"...un impresionante proceso de ideologización..."* (1970, pág.101). En esa misma línea, cuestiona *"...la tranquilidad de una ideología cientificista..."* (Ibíd., pág. 105) que amparada en la aparente racionalidad del discurso descuida la orientación de los objetivos de esa racionalidad. Por consiguiente, se refiere a una ideología a partir de la cual determinados sectores científicos muestran los roles que cumplen para mantener un sistema que utiliza los avances para su propio beneficio. De ese modo, lo fundamental de cualquier producto de la ciencia (ya sea "puro" o "aplicado") es tener en cuenta *"...quién y para quién se usan los productos..."* (Ibíd., pág. 112). Otro de los puntos abordados en ese artículo gira en torno a la búsqueda de una ciencia *comprometida*, con un objetivo claro de instrumentalización, precisando además su teoría, su método y sus técnicas. Todo ello para controlar la información, lograr la mayor autonomía relativa de los fondos y la garantía de un elevado desempeño profesional. Sin embargo, Menéndez relativiza incluso estos recaudos, ya que su preocupación apunta a un *"...eje más simple y evidente; no pasa por dónde se institucionalizan los da-*

tos y la información, sino por quiénes son los que realmente pueden organizarlos en un contexto mayor y realmente usarlos..." (Ibíd., pág. 112).

Además, la crítica de Menéndez al trabajo de campo antropológico apuntaba al papel de agente externo de las sociedades que estudia, como producto del colonialismo y por ende *"...estrategia clave para acceder a sujetos sociales de hecho o potencialmente rebeldes y anti-imperialistas"* (Guber, 2006). Y aunque, por supuesto como antropólogo, esta metodología proporciona mejor calidad y precisión que otros métodos como la estadística, se debe tener especial cuidado en el destino de los datos obtenidos en la investigación. Frente a estos cuestionamientos, *"...Menéndez vibraba de una crítica de la producción a una crítica de las condiciones de recepción o, más precisamente, de las condiciones de apropiación del saber antropológico"* (Guber, 2006). Precisamente este enfoque, al que deben sumársele una potente crítica al colonialismo y la operacionalización de conceptos provenientes del marxismo generó un contexto de "hipercriticismo desmovilizante", en palabras de Silvia. Esta graduada de la carrera sostiene que no había demasiada posibilidad de pensar en hacer investigación de campo y pese a estar plenamente identificada con la carrera y reivindicar su formación, no deja de destacar lo que, a la distancia, considera una falencia. Por supuesto, el contexto político de la vida estudiantil era funcional a esta posición acerca de la investigación en cuanto a los recaudos que debían tomarse para "no entregarle información al enemigo". Esa postura crítica fue tan extrema en parte de los estudiantes que incluso ni siquiera pudieron establecerse parámetros de práctica de trabajo de campo. De todos modos, en esa carrera de Antropología, también tuvieron su espacio otros profesores (por ejemplo, Leopoldo Bartolomé o Hugo Ratier) que ofrecieron a los estudiantes otras maneras posibles de entender la práctica disciplinar,

en las cuales la investigación de campo sí ocupaba un lugar privilegiado, sin que ello implicara una negación de las dimensiones políticas (o incluso de denuncia, como en el caso de Ratier) de la investigación antropológica.

Hacia una ciencia social nacional

En la década del sesenta, las ciencias sociales se encontraban envueltas en todo el continente en debates de diverso grado de profundidad. Los acontecimientos geopolíticos fueron en ese sentido determinantes en las discusiones disciplinares en ciencias sociales, aunque el eje epistemológico se trasladó cada vez más hacia lo político. En esos debates, uno de los motivos centrales giraba en torno al peligro de que los intelectuales sean cooptados por el poder imperial norteamericano. El otro gran riesgo latente en el campo intelectual era el individualismo, es decir, que el intelectual se entregara a la confianza de su éxito personal y se refugiara en un declarado progresismo que lo llevara a renunciar al compromiso revolucionario (Gilman, 1999), liderado por el ejemplo triunfante de la revolución cubana. A la concepción previa de producir un arte comprometido por parte de “revolucionarios de tinta” (Ibíd.) se reclamaba que el mismo artista se involucrara como persona en el camino revolucionario. Fue cobrando cuerpo entonces una postura autodenigratoria de los intelectuales, cada vez más propensos a homenajear a los guerrilleros caídos en batalla y donde la definición aceptada de hacer política se asociaba a la revolución, a partir de lo que fue surgiendo el dilema del intelectual como problema. Se conformó de esa manera una antinomia que tendría un peso relevante en la vida política e intelectual latinoamericana: reformismo o revolución.

En la Argentina, especialmente en Sociología, se consolidó una línea de pensamiento que, tomando ele-

mentos del revisionismo histórico y el aporte de ensayistas nacionales (Hernández Arregui, Scalabrini Ortiz, Jauretche, el propio Juan Domingo Perón), se postuló contraria al cientificismo, entendido a grandes rasgos por algunos autores como una posición que sirve a los intereses imperialistas⁴. En ese sentido, la obra de Juan José Hernández Arregui es una referencia impostergable de ese pensamiento “nacional” en ciernes. Para este autor, el peronismo y su base proletaria y provinciana era una de las fuerzas que representan lo nacional, como continuidad de las montoneras y los cuadillos federales. En oposición, la intelectualidad —con la universidad como su espacio de consagración— aparece retratada como una formación social funcional a los intereses extranjeros y como enemiga histórica del pueblo. Incluso llega a sostener que los estudiantes han apoyado sistemáticamente a “...las fuerzas siniestras que dividen a una patria colonizada...” (Hernández Arregui, 2004, pág. 359), por lo que deben adquirir una conciencia nacional para dejar de ser funcionales a “...esos infames traidores a la patria...” (Ibíd., pág. 367) que regresaron a la universidad tras la caída de Perón. Por ello consideraba que “...la misión de la Universidad no es perpetuar el sistema sino contribuir a transformarlo. Y ésta no es misión de profesores que con un ojo miran a la oligarquía y al poder burocrático del Estado y con el otro a Europa, sino de educadores con conciencia nacional...” (Ibíd., pág. 367).

Este nuevo pensamiento social “nacional” cobró forma concreta en la experiencia de las *cátedras nacionales*. En efecto, muchas de estas búsquedas apuntaban a la construcción de una ciencia social comprometida, en oposición al *cientificismo* dominante, estigmatizado por su falta de compromiso y atención a los asuntos nacionales y los intereses de ese colectivo que cada vez más sería el depositario de la legitimidad de los discursos y a su vez el destinatario de los cambios deseados: el pueblo. Esta ciencia social comprometida

tuvo además un vínculo sumamente estrecho con los movimientos revolucionarios en ciernes, llegando a generar una retroalimentación constante hasta verse casi plenamente incorporados en los objetivos de esas organizaciones político-militares de la década del setenta, en especial Montoneros. Como símbolo de una época convulsionada y de crisis de ciertos paradigmas ideológicos, las *cátedras nacionales* —y los escritos de sus principales exponentes— nos permiten acceder a algunas de las claves para entender no sólo la vida universitaria de aquellas épocas sino la propia sociedad argentina que se encaminaba a la etapa más trágica de su historia. Como hijas de la represión de estado y los golpes militares, las *cátedras nacionales* escenificaron los conflictos, búsquedas y obsesiones de época, en torno a un inconformismo generalizado que negaba cualquier tipo de autoridad tradicional, ya sea desde lo académico como en este caso, como desde lo político, moral, etcétera.

En el caso puntual de la Universidad de Mar del Plata, varias de las más importantes figuras de esas *cátedras nacionales* encontraron un espacio laboral importante. Casi todos los más renombrados llegaron a dictar clases —o conferencias aisladas— en esta casa de estudios. Fácilmente puede constatar que las principales y más recurrentes firmas de las revistas más representativas de la época, *Antropología del Tercer Mundo* y *Envido*, tuvieron presencia constante en las aulas marplatenses. Aun cuando esas *cátedras nacionales* dejaron de ser exactamente lo que fueron en su origen, sus integrantes continuaron con los mismos lineamientos en sus cátedras a la par de que su compromiso militante se hizo pleno. Aunque no necesariamente sus principales referentes actuaron en el marco de lo que se ha llamado Resistencia Peronista, tarde o temprano, al igual que la mayoría de las organizaciones político-militares, terminaron abrazando al peronismo como su identidad política y subsumiendo sus objetivos a los de

las organizaciones político-militares que integraban. Varios de los motivos recurrentes en el discurso de las organizaciones político-militares y de las *cátedras nacionales* eran exactamente los mismos, como también las figuras políticas e intelectuales que se recuperaban. Por ejemplo, en el marco de una mirada revisionista de la historia, próceres oficiales de la patria como Sarmiento, Mitre y Rivadavia fueron colocados como paradigmas de la traición, de la entrega nacional, de represores de los valores y formas culturales autóctonas. Por el contrario, el legado de Rosas y los caudillos federales sólo habría encontrado una fuerte continuidad en el peronismo.

Posiblemente, uno de los referentes más extremos de esta postura crítica al *cientificismo* y exponente de una ciencia social comprometida, revolucionaria, sea Roberto Carri, desaparecido durante la dictadura militar desde febrero de 1977. En la compilación *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional*, Roberto Carri —de activa presencia en las aulas marplatenses en los primeros tiempos— dejó expresada de manera muy clara sus principales argumentos de esta sociología nacional que se postulaba desde espacios como las cátedras nacionales. Carri parte en su artículo “Pensamiento nacional y sociología antinacional” de la necesidad del científico de preocuparse de los problemas de la sociedad en la que está inserto, en donde elige un método “histórico global” a partir del cual —en consonancia con los argumentos de la historia revisionista— contrapone a dos políticas, una nacional y otra antinacional. Una de ellas se describe como favorable de un desarrollo productivo autóctono y otra tendiente a la expansión del imperialismo y la dependencia. En ese marco general, la posición de Carri coloca a la sociología académica dominante, también llamada empírica y encarnada en la figura del italiano Gino Germani, como una mera reproductora de ese patrón de pensamiento y posicionamiento ideológico, porque

preserva el sistema y no lo transforma. Por ello:

“...Las teorías liberales o desarrollistas aparecen expresando a las fuerzas oligárquicas o imperialistas que las promueven, aunque quienes a ellas se sienten aferrados no tengan conciencia del proceso y se imaginan haciendo «verdadera» ciencia. Como contrapartida, la vinculación del conocimiento con la práctica colectiva de los pueblos, permite enriquecer al mismo llegando a una concepción realmente científica del devenir histórico. Científica porque es permanentemente impugnada por esa práctica social, que en sus transformaciones, al modificar la realidad y la conciencia de sus protagonistas, va enriqueciendo el saber humano y creando nuevas condiciones para su desarrollo” (Carri, 1970, pág. 146).

Es esa historia nacional la que debe definir la tarea de la ciencia social que, en la búsqueda de la conciencia nacional, debe enfrentar al imperialismo y concebir las herramientas para la construcción de una sociedad nueva. Por el contrario, el pensamiento imperialista despoja al pueblo de las instancias de poder y utiliza “...ideólogos disfrazados de científicos, pero al falso rigor científico opone un claro sentido de orientación política que permite encontrar en aquellos que lucharon contra la dominación extranjera y oligárquica el fundamento de una sociedad nueva...” (Ibíd., pág. 148). En esa lectura de la historia nacional, se destaca el protagonismo de las fuerzas sociales que sistemáticamente defendieron la autonomía nacional, las masas populares, las economías del interior, todo para construir una Argentina “unida y soberana” (Ibíd., pág. 151), en la cual el peronismo es la expresión nacionalista y popular, como continuidad de una tradición de luchas populares opuesta a la sumisión colonial que construyeron Alberdi, Sarmiento y Mitre. Por eso, concluye al respecto que la “...civilización expresa la política favorable a la expansión mercantil y el desarro-

llo de una economía dependiente; la «barbarie», como contrapartida, subordina los aspectos puramente materiales de la expansión económica, el mantenimiento o reconquista de la plena independencia de la Nación” (Ibíd., pág. 151).

De igual modo que en el caso de Antropología, Sociología tampoco ofrecía un estilo completamente homogéneo marcado por las concepciones de la *sociología nacional*, más allá de la también alta incidencia del compromiso político (casi exclusivamente en el peronismo), perfiles claramente diferenciados, como el encarnado por Julio Aurelio, especializado mayormente en metodología cuantitativa, son muestras elocuentes de los enfoques alternativos de los que dispusieron los estudiantes.

La debacle

Lejos está de proponerse una lectura monolítica de ambas carreras, ya que si bien ambas expresaron estilos claramente diferenciados, existieron —como se ha mencionado— espacios para que se plasmaran otras formas de concebir las propias prácticas disciplinares. Sin embargo, se ha hecho referencia a estilos dominantes, que dejaron huellas precisas en alumnos que protagonizaron una vida universitaria repleta de tensiones, luchas facciosas, muerte, *traiciones* y sueños de revolución nunca concretados. En ese sentido, los contrastes entre ambas carreras fueron manifiestos, pero sólo se hicieron expresamente conflictivos tras la vuelta de la democracia en 1973. La instauración del proyecto de *universidad nacional y popular* durante el gobierno de Héctor J. Cámpora reactualizó esas diferencias en términos de militancia política, ya que tanto Eduardo Menéndez y sus colaboradoras más cercanas estaban ligados al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) que evidenciaba una postura crítica con respecto al peronismo. A tal punto que la gestión de la facultad

llegó a colocar un "comisario político" para que controlara al "zurdito de antropología que estaba jodiendo".

Pero los aires triunfantes de la *universidad nacional y popular* no duraron demasiado y aunque la cartera ministerial de educación fue la única que resistió luego de la caída de Cámpora y el retorno de Perón al poder a finales de 1973, la muerte del general en 1974 sentenció cualquier posibilidad de continuidad. El nuevo Ministro de Educación designado por María Estela Martínez, Ivanissevich, asumió el 14 de agosto de 1974 y la mayoría de los rectores y decanos de las universidades nacionales fueron obligados a renunciar. La Universidad de Mar del Plata, todavía en el ámbito provincial, comenzaría a sentir de un modo más continuo los efectos del cambio a partir de la nacionalización en 1975 y la absorción de la Universidad Católica, aunque ya antes de la muerte de Perón el interventor Julio Aurelio⁵ había abandonado la rectoría y comenzaron a sucederse gestiones cada vez afines con la derecha peronista, con algún interregno más ligado al peronismo de izquierda.

En ese marco, en 1974, la carrera de Antropología fue la primera que comenzó a desmembrarse, en principio a causa del impacto de los avatares de la política nacional, pero también en el marco de rivalidades personales que, frente a los continuos cambios en las estructuras directivas, posibilitaron una cadena de modificaciones que desembocaría en el lapso de un año en una renovación casi completa del claustro de profesores. Mientras tanto, a medida que se instrumentalizaba la nacionalización de toda la universidad, el decanato de Humanidades comenzó con una intensa y sistemática tarea de modificaciones en todo nivel. Las resoluciones de esa intervención comenzaron a plagarse de considerandos cada vez más extensos y que expresaban claramente un posicionamiento ideológico que buscaba diferenciarse de los lineamientos que gobernaron a la universidad desde 1973. Rápidamente, desde el decanato se asumió la tarea de reestructuración de las carreras, para lo cual se organizaron "mesas de trabajo" que desembocarían en la anulación de todos los planes de estudio vigentes y el cierre de inscripción en las carreras originales

de la facultad hacia el final de 1975. Y aunque durante 1976 y 1977 se siguieron cursando todas las carreras (ya todas desmembradas en sus planteles docentes), la Ordenanza del Consejo Superior N° 89 del 7 de diciembre de 1977 determinó la desaparición de las carreras de Antropología, Sociología, Ciencias Políticas, Ciencias de la Educación y Psicología a partir de 1978. Como contrapartida, las carreras provenientes de la Universidad Católica (Historia, Letras, Geografía, Inglés) pasaron a dominar exclusivamente la oferta académica de una Facultad que ya no ofrecía ninguna de las carreras que le habían dado vida a su proyecto original. Ni siquiera la restauración democrática permitió que la Facultad de Humanidades se planteara seriamente como política la reapertura de las carreras que habían quedado en el camino frente a la represión estatal.

Recibido el 14 de mayo de 2008.
Aceptado el 24 de noviembre de 2008.

Bibliografía

- BARLETTA, Ana María y LENCI, Laura, "Politización de las Ciencias Sociales en la Argentina", en *Sociohistórica*, N° 8, Buenos Aires, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de La Plata, 2001.
- BARLETTA, Ana María y TORTTI, María Cristina, "Desperonización y peronización en la universidad en los comienzos de la partidización de la vida universitaria", en KROTSCH, Carlos Pedro (org.), *La Universidad cautiva*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2002.
- BUCHBINDER, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- CARRI, Roberto, "Pensamiento nacional y sociología antinacional", en AA. VV., *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempos Contemporáneos, 1970.
- FILIPPA, Ana, "La sociología como profesión y la política en la construcción de la disciplina", en AA. VV., *Cultura y política en los años 60*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC - Universidad de Buenos Aires, 1997.
- FUNES, Patricia, "Desarchivar lo archivado. Hermenéutica y censura sobre las ciencias sociales latinoamericanas", en *Íconos. Revista FLACSO Ecuador*, N° 30, Quito, FLACSO Ecuador, 2008.
- GALTUNG, Johan, "Después del Proyecto Camelot", en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 30 (1), México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1968.
- GIL, Gastón Julián, "Ideología, represión e investigación de campo. La carrera de antropología de Mar del Plata", en *Anuario de Estudios en Antropología Social*, N° 3, Buenos Aires, IDES, 2006.
- GILMAN, Claudia, "El intelectual como problema. La eclosión del antiintelectualismo latinoamericano de los sesenta y los setenta", en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 3, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

- GUBER, Rosana, "Profetismo y crisis de presencia en el nacimiento de la antropología social porteña", mimeo, 2006.
- GUBER, Rosana y VISACOVSKY, Sergio, "Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires", en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXII-XXIII*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, 1998.
- HERMAN, Ellen, "The Romance of American Psychology. Political Culture in the Age of Experts", Berkeley, University of California Press, 1995.
- HOROWITZ, Irving Louis (ed.), *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship between Social Science and Practical Politics*, Cambridge, The MIT Press, 1967.
- HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Continente, 2004.
- LEBEDINSKY, Viviana, "Descifrando una comunidad. El caso de los antropólogos sociales en la Argentina", en ALTHABE Gérard y SCHUSTER, Félix (eds.), *Antropología del presente*, Buenos Aires, Edicial, 1999.
- LISCHETTI, Mirtha (comp.), *Antropología*, Buenos Aires, Eudeba, 2003.
- MENÉNDEZ, Eduardo, "Ideología, ciencia y realidad nacional", en AA. VV, *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempos Contemporáneos, 1970.
- MARÍN, Juan Carlos, *El ocaso de una ilusión. Chile 1967-1973*, Buenos Aires, Colectivo Ediciones, 2007.
- MURMIS, Miguel, "Sociology, political science and anthropology: institutionalization, professionalization and internationalization in Argentina", en *Social Science Information* 44 (2-3), París, SAGE, 2005.
- NOÉ, Alberto, *Utopía y desencanto. Creación e institucionalización de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires: 1955-1966*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2005.
- PUCCIARELLI, Alfredo (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en los tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- VARSAVSKY, Oscar, *Ciencia, política y cientificismo*, Buenos Aires, CEAL, 1994.

- ¹ En el plantel de profesores había algunos con pasado militar y policial, además de muchos alumnos que estaban realizando la carrera militar. No eran datos secretos y si bien —retrospectivamente— hoy se los utiliza para cuestionarlos —en especial a Ernesto Hipólito, ex comisario de la Policía Bonaerense—, al parecer no eran aspectos tan problemáticos en aquel tiempo.
- ² El proyecto Camelot fue denunciado en Chile por el sociólogo noruego Johan Galtung, lo que derivó en un escándalo internacional (Horowitz, 1967; Galtung, 1968; Herman, 1995). El Camelot consistió en un plan de investigación "científica" financiado por el Ministerio de Defensa y la marina norteamericana, destinado a la contrainsurgencia en América Latina. Elaborado en 1964 por la Special Operation Research Office (SORO), el estudio fue concebido para detectar los procesos vinculados con la formación de guerrillas en la mayor parte de los países latinoamericanos, incluido la Argentina. En ese sentido, el episodio Camelot instaló una "lógica acusatoria" (Guber, 2006) que permeó el campo de las ciencias sociales argentinas, inclusive hasta la década del setenta.
- ³ Durante 1968, se desarrolló, mediante un subsidio de la Fundación Ford, el "estudio de poblaciones marginales", más conocido como Proyecto Marginalidad, que se constituyó en otro asunto de enorme polémica internacional y revivió, como quizás ninguna otra investigación, los fantasmas del Camelot. Ese proyecto estaba a cargo de José Nun, secundado por Miguel Murmis y Juan Carlos Marín (Murmis, 2005; Marín, 2007).
- ⁴ Por fuera de las ciencias sociales, las críticas al *cientificismo* fueron llevadas delante de manera sistemática por el matemático Oscar Varsavsky, para quien la aceptación acrítica de la idea de una ciencia *imparcial* y *universal* no era más que el resultado de una dependencia cultural poco percibida. Varsavsky definía como *cientificista* al investigador "...que se ha adaptado a este mercado científico, que renuncia a preocuparse por el significado social de su actividad, desvinculándola de los problemas políticos, y se entrega de lleno a su 'carrera', aceptando para ella las normas y valores de los grandes centros internacionales, concretados en un escalafón..." (ver *Ciencia, política y cientificismo*, 1994, pág. 125). Consideraba además que el *cientificismo* jugaba un papel importante en el proceso global de desnacionalización que perpetúa la posición de los países satélites.
- ⁵ Período junio 1973-marzo 1974.

Resumen

La antigua Facultad de Humanidades de la por entonces Universidad Provincial de Mar del Plata le dio forma desde finales de los años sesenta a un proyecto académico sostenido en el dictado de carreras pertenecientes a las ciencias sociales. En ese marco institucional se plasmaron gran parte de los debates que caracterizaron el campo de las ciencias sociales en el país, tales como las críticas al cientificismo, la búsqueda de una “ciencia nacional” o los recaudos ideológicos acerca de los destinos de los datos obtenidos en las investigaciones de campo. Esas disciplinas cada vez más vinculadas con los avatares de la política nacional serían progresivamente expulsadas de las aulas marplatenses hasta su definitiva clausura un año después del golpe militar de 1976. De ese modo, aquella facultad —ya bajo la órbita nacional— sólo presentaría en su oferta académica las carreras humanísticas que se dictaban en la absorbida Universidad Católica.

Palabras clave

Ciencias sociales – Crítica ideológica – Universidad – Cientificismo – Ciencia nacional

Abstract

The old Faculty of Humanities (which by those times belonged to the eventually absorbed Provincial University of Mar del Plata) shaped, since the end of sixties, an academic project supported by undergraduate programs on social sciences. In this institutional context, there were significant debates which characterized the field of social sciences in Argentina: criticism to the traditional scientific method, search of a “national science”, ideological cautions with the final destiny of the data collected in field researches. Those disciplines, increasingly linked to the conflictive evolution of Argentinean politics, were going to be progressively expelled from Mar del Plata classrooms, and they finally disappeared one year after the military coup d'état of 1976. Consequently, the resulting faculty (once included in the national orbit) was going to offer only the undergraduate courses that had been delivered at the Catholic University, an institution which (like the Provincial one) was absorbed by the newly created National University of Mar del Plata.

Key words

Social sciences – Ideological critic – University – Scienticism – National science